

modo se conservaría el equilibrio germánico hasta donde era posible. Tal traslación de soberanía distaba mucho de ser rara en la historia. Carlos V en la misma casa de Sajonia había dado ejemplo de ella, trasladando á la rama actualmente reinante de un simple ducado al trono de Sajonia. También se había dado en el último siglo por Austria y Francia, transfiriendo á Toscana la casa de Lorena. Mas valdria esta traslación que una desmembración de la Sajonia, como necesariamente habría que operarla, si se asintiese á la idea de no imponer al rey Federico Augusto más que una disminución de territorio. Desde luego se desconsolaría á los sajones, á quienes se había prometido no separar á los unos de los otros, y además se haría un mal arreglo, porque reducida Sajonia una mitad ó una tercera parte, no bastaría al sostenimiento de su real estado, y sobre todo al de su hermosa capital, centro de las artes en Alemania. Allí se dejaría un foco de descontentos, hostil al nuevo orden de cosas, y soñando siempre con la reconstitución de una Polonia revolucionaria en cabeza de un príncipe sajón. No había, pues, disposición mas viciosa que la de fraccionar la Sajonia, en vez de cederla por entero á la Prusia, transfiriendo á la orilla izquierda del Rhin al rey Federico Augusto. Relativamente á los temores que podía inspirar á Austria la vecindad de Prusia, no estaban de ningún modo justificados, pues en su actual estado era incapaz Sajonia de formar entre las dos grandes potencias germánicas una barrera de alguna solidez. Bien lo había probado Federico el Grande, pues en las diversas guerras de su reinado, sin dar más que un paso se hallara en Dresde

y ocupara á Kœnigstein, y Napoleon acabábalo de probar muy recientemente, y siempre obraría así el gobierno prusiano, si quería la desgracia que Prusia y Austria viniesen á contienda. Por lo demás y á fin de disminuir sobre este punto las inquietudes de Austria, cediendo enteramente á uno de los deseos que había expresado, se renunciaría á fortificar á Dresde. Finalmente, Mr. de Harenberg recordaba los deberes de Europa respecto de Prusia, que tanto había contribuido á la salvación común, á la cual se la había prometido tanto reconstituirla, no solo asegurando la misma población que tenía en 1805, sino mejor configuración geográfica. Este último punto se había estipulado formalmente, pues todo el mundo había conocido lo defectuoso de su configuración, y obligándola á extenderse de Kœnigsberg á Aquisgran por un interés que no era el suyo, aun se compendría peor su territorio, si á la par no se le permitía que se reforzara más hácia el centro, aprobando que se extendiera hasta Dresde. Por tanto respecto de ella se faltara á la gratitud, á los empeños contraídos y al equilibrio europeo, tan interesado en que Prusia estuviera bien constituida. Hasta había ya que confesarlo, la ambición de que se le acusaba no tenía otro origen que el deseo de enmendar lo defectuoso de su configuración geográfica, y con la concesión de lo que ahora solicitaba se la calmaría para largo tiempo, y quizá para siempre.

Seguramente había que oponer más de una respuesta á estas razones; pero eran especiosas, algunas hasta fundadas, y emitidas con un tono de moderación que revelaba mas propensión á la avenencia que á la ruptura.

96 Sentada así la cuestión, ya era posible resolverla pacíficamente. Austria por su parte se decidió á algunas concesiones. Habiendo recuperado el Tirol y la Italia, en los cuales no pensaba al tiempo de los tratados de Kalisch, de Reichenbach, de Tœplitz, no viniera bien que disputara á Rusia un aumento de ventajas, y este aumento de ventajas no lo podía hallar Rusia más que en Polonia. Sin duda si Austria recelara menos la guerra, y si tuviera sobre este punto más el apoyo de Francia, quizá disputara el principio mismo de la reconstitucion de la Polonia, que necesariamente debía crear una Polonia rusa. Pero estando comprometida Prusia acerca de este arreglo con Rusia, no mostrándose Francia resuelta más que á favor de la Sajonia, Austria no tenia medios de cuestionar en el fondo un principio, de que Alejandro había hecho un tema absoluto, y un punto de honor en cierto modo. Concedido el principio de resucitar una Polonia vasalla de Rusia, ya no podía Austria pensar en retener la cuenca del Vistula hasta el Pilica y hasta el Bug, pues esto equivaliera por su parte á la pretension de extenderse hasta las mismas puertas de Varsovia. Austria consintió, pues, en transigir sobre este punto, no atribuyéndose el curso del Vistula más que hasta Sandomir. Aquí el San era el límite de la Galitzia, y de esta suerte se volvía á tomar la antigua galitziana frontera. Se disputó acerca de Cracovia, de las salinas de Wieliczka, de Tarnopol; y contentísima de haber obtenido la cuenca del Vistula hasta el Pilica y hasta el Bug, sobre todos estos puntos se mostró muy acomodaticia la Rusia. Concedió un territorio alrededor de Cracovia, y además la neutralidad de

esta ciudad tan famosa en los anales polacos, como un resto de Polonia flotante en el vacío, y pudiéndose unir mas tarde á la nueva Polonia rusa. Abandonó la propiedad de las salinas de Wieliczka, y, en fin, el distrito de Tarnopol, cuya restitucion efectuada sin ser prometida era para Austria una compensacion de las provincias, cuya restitucion prometida no habia sido efectuada.

97 Cuanto más conciliadora se mostraba el Austria en la Polonia, donde conservaba además por la agregacion de Galitzia á su imperio una ancha faja de territorio á lo largo de los Krápackos, más queria y podía mostrarse firme respecto de la Sajonia.

98 Con efecto acerca de ella persistió en sostener que, no estando cumplida la principal condicion impuesta á Prusia de asociarse á Austria é Inglaterra en la cuestion de la Polonia, y no sobre tal ó cual pormenor de frontera, sino sobre la cuestion en el fondo, se consideraba libre de su anterior promesa. Por otra parte recordó que siempre habia anunciado el sacrificio de la Sajonia muy á su despecho, por pura condescendencia, por deseo de union, y siempre aconsejando á Prusia que no se prevalliera de este sacrificio, porque suprimiendo la Sajonia se daba al equilibrio germánico un rudo golpe, y se ofendia gravemente el sentimiento moral de Alemania. Además añadía que, habiendo mudado Inglaterra de dictámen despues de mejor ilustrada, y negando el sacrificio antes consentido, ya no era lícito pensar en la incorporacion de Sajonia á Prusia. Sobre este punto pronuncióse pues formalmente el Austria, declarando que no consentiria más que algunas desmembraciones, las

cuales, castigando al rey Federico Augusto por las culpas de que se le hacia cargo, bastarian á limitar mejor la prusiana frontera, y satisfarian el empeño contraido respecto de Prusia de volverla á su estado de 1805.

Viniendo á los pormenores, se esmeró Austria en patentizar que para volver á su estado de 1805, no habia menester Prusia del sacrificio de la Sajonia. A manos de Napoleon habia perdido Prusia cuatro millones y ochocientos mil súbditos de unos diez millones próximamente que eran entre todos, y por consiguiente casi la mitad de ellos. Al pasar los aliados el Elba y el Rhin, de hecho habia recuperado un millon y quinientos mil en la conquista de Danzick, de Magdeburgo, de la Westfalia etc. Le faltaban pues tres millones y trescientos mil para quedar indemnizada por completo. Dos millones y quinientos mil súbditos le tocaba pretender por su parte del gran ducado de Varsovia; quinientos mil por el principado de Anspach y de Bareuth, transferido el año de 1806 á Baviera y dejados á esta potencia; trescientos mil por un ensanche ofrecido al Hanóver y que era preciso tomar del territorio prusiano; cincuenta mil por una recompensa debida á la casa de Sajonia-Weimar; total tres millones y trescientos cincuenta mil, que con el millon y quinientos mil ya recuperados sumaban cuatro millones ochocientos cincuenta mil, esto es, algo más de lo que habia perdido. Ahora bien, al renunciar Rusia al ducado de Posen le dejaba un millon de almas; lo ménos comprendian un millon y seiscientas mil las provincias á la izquierda del Rhin y el gran ducado de Berg situado á la derecha; de consiguiente solos setecientas

cincuenta mil faltaba encontrar todavía. Para proporcionárselas era fácil cercenarlas á algunos príncipes secundarios y reunir doscientas mil de este modo. Dispuesto se hallaba el Hanóver á hacer el sacrificio de las trescientas mil que se le habian prometido; por consiguiente ya no habia que buscar más que doscientas ó trescientas mil almas para satisfacer la ambicion prusiana, y pidiéndolas á la Sajonia, cuya poblacion se elevaba á dos millones y cien mil individuos, se podia casi dejar su situacion entera á este reino, pues no pesaria mucho ménos con un millon y ochocientos mil súbditos que con dos millones y cien mil en la germánica balanza.

Estos cálculos, verdaderos sin duda, y que dieron margen á la acusacion tan repetida despues contra el congreso de Viena de repartir los pueblos como rebaños, escitaron grandes clamores por parte de los prusianos. Rotundamente negaron su exactitud, y se dieron á evaluaciones tan difíciles de admitir como de impugnar. Sin una autoridad competente é investida con el poder de fallar en última instancia sobre estos cálculos de poblaciones y territorios, no era posible llegar á un acuerdo, pues se cuestionaba no solo sobre la cantidad, sino hasta sobre la calidad de estas cabezas de hombres. Efectivamente se afirmaba que un polaco de las cercanías de Posen, dejado por la Rusia á Prusia, valia más que otro polaco de los alrededores de Klodawa ó de Sempolno retenido por ella, y sobre todo que un antiguo francés de Aquisgran ó de Colonia valia de una manera incomparable más que un polaco de Kalisch ó de Thorn, por el cual era cambiado. Por esta razon se pretendia que se

tomara en cuenta la calidad tanto como la cantidad de los súbditos adjudicados á una ú otra potencia.

De resultas ideóse, aparte de la gran comision de los cinco, ocupada en todas las cuestiones de primer orden, formar otra comision especial para examinar los cálculos presentados por cada una de las partes, y fallar sobre ellos con conocimiento de causa.

A últimos de diciembre fué lord Castlereagh á hablar á Mr. de Talleyrand de este punto, y le presentó la formacion de esta comision como un medio de salir del embarazo en que les ponian los cálculos contradictorios, y tambien como un arbitrio para salvar la cuestion de Sajonia, haciéndola degenerar en una cuestion de guarismos. Contra la idea de esta comision de evaluacion no hizo Mr. de Talleyrand la objecion más leve, aunque respondió al plenipotenciario inglés que se rebajaba la cuestion con tratarla de tal modo, valiendo más hablar de principios que de números, y reproduciendo su tema favorito de la legitimidad, propuso á lord Castlereagh celebrar entre Austria, Inglaterra y Francia, una convencion corta y precisa, por la cual se comprometiesen las tres potencias á mantener la existencia de la Sajonia á título de principio, sin perjuicio de ceder algunas porciones de territorio á la Prusia. Como hombre acometido bruscamente retrocedió lord Castlereagh muchos pasos. «Me proponéis, dijo á Mr. de Talleyrand, una alianza, y una alianza supone guerra cierta ó probable. Ahora bien, guerra no la queremos nosotros, y solo en el último extremo nos decidiríamos á ella. Pero si al caso no puede evitarse de ningun modo, para enton-

ces reflexionaremos en los medios de sustentarla y en las alianzas que sean consiguientes.»

Rechazado Mr. de Talleyrand no insistió en el ataque. Solo se convino en formar una comision de evaluacion y entendiéndose que á ella pertenecería Francia.

La idea de una comision de evaluacion fué admitida por todas las potencias interesadas; pero al tratarse de admitir un representante francés en su seno, se suscitaron objeciones. Asi se prescindia terminantemente de la palabra empeñada entre unos y otros de disponer sin intervencion de Francia de todos los territorios de que habia sido despojada, promesa renovada en Paris al celebrarse los tratados de 30 de mayo, y en Viena en los primeros dias del congreso. Verdad es que posteriormente habia sido forzoso hacerlo todo con la Francia, porque la pretension de realizar algo en Europa, y especialmente definitivo, sin participacion suya, al golpe habia parecido tan ridícula como impracticable. Pero aun cuando se hubiera parlamentado mucho con ella sobre las grandes cuestiones de territorio, no se habia derogado formalmente el compromiso secreto de obrar exclusivamente entre cuatro. Aqui lord Castlereagh y Mr. de Metternich debieron confesar que á impulsos de su profunda zozobra habian iniciado completamente á Francia en el asunto de la Sajonia, y que ya no podian eliminarla decentemente. No tuvieron valor para hacer confesion semejante, y manifestando Prusia una repugnancia extremada á introducir en el tribunal, que iba á fallar sobre sus pretensiones en último recurso, á un miembro públicamente empeñado en su contra, no insistieron, y decidióse

que no habria representante francés en la comision de evaluacion.

No se atrevió lord Castlereagh á llevar esta noticia á Mr. de Talleyrand en persona, y se lo encargó á su hermano lord Stewart, ministro de Inglaterra en Berlin, que se presentó en la casa de la embajada francesa con muchas excusas y explicaciones embarazosas. Mr. de Talleyrand, que, cuando se trataba del papel de la legacion francesa en Viena, no entendia de burlas, preguntó secamente al hermano de lord Castlereagh quiénes se habian opuesto á la admision de Francia en la comision futura, y añadió con amarga ironía que los aliados debieron ser sin duda.—Habiendo confesado lord Stewart bastante ingénuamente esta influencia de los aliados, fuera de sí le replicó Mr. de Talleyrand de este modo. «Puesto que aun sois los aliados de Chaumont, bien podeis obrar á solas. Hoy mismo la embajada francesa saldrá de Viena, y cuanto hagais sera nulo para ella y para los inereses sacrificados. Europa sabrá lo acontecido, Francia conocerá el papel que se le ha querido hacer representar, é Inglaterra sabrá cuán débil é inconsecuente ha sido la conducta de su plenipotenciario, y tambien sabrá que, despues de abandonar á la Sajonia y la Polonia, se ha negado á admitir los socorros con que hubiera podido salvarlas.» Estas palabras amenazadoras para lord Castlereagh, á quien preparaban una situacion muy difícil en el parlamento británico, turbaron, singularmente á lord Stewart, y corrió á avisar á su hermano de la tempestad que se levantaba á vista de ojo. Aun cuando las amenazas de Mr. de Talleyrand no se tomaran enteramente por lo sério,

sin embargo, el temor de lo que de aqui pudiera resultar para el reposo de Europa, y más aun, para el gabinete británico, al saberse que se habia podido salvar á la Polonia y á la Sajonia, y que no se habia querido, únicamente por persistir en un sistema ridiculo de exclusion respecto de Francia, estimuló á lord Castlereagh, y le dió un valor de que antes habia carecido ante los aliados. Les convocó de nuevo, les hizo conocer lo peligroso de provocar un estallido que podria incendiar la Europa, declaró que no echaria sobre sí una responsabilidad semejante á los ojos de Inglaterra, fué vigorosamente apoyado por Mr. de Metternich, y al cabo determinóse la admision del representante francés á despecho de los prusianos. Un billete cortés de lord Castlereagh se lo notificó á Mr. de Talleyrand aquella misma noche.

Mr. Dalberg fué elegido para representar en la comision de evaluacion á Francia. Esta comision reunióse el 31 de diciembre. Allí el representante ruso fué encargado de exponer las pretensiones comunes de Rusia y de Prusia, y efectivamente se hallaba en la mejor posicion para hacerlo de una manera digna, porque el acuerdo sobrevenido con Austria acerca de las fronteras de Galitzia, y el abandono del ducado de Posen á Prusia, al parecer habian ya desinteresado á Rusia en la cuestion pendiente. Asi habló en nombre de las dos potencias, y presentó las siguientes conclusiones. Prusia tendria por indemnizacion de sus pérdidas además del ducado de Posen, que le dejaba Rusia para allanar las dificultades ocurridas, toda la Sajonia. Segun el comisionado ruso no se podia hacer menos para volverla á su estado de 1805, y para cor-

responder al empeño contraído con ella de constituir mejor su territorio. A las márgenes del Rin sería trasladado el rey de Sajonia, y Prusia le abandonaría un territorio poblado por setecientas mil almas, con la hermosa ciudad de Bonn por capital, además tendría un voto en la Dieta. Situado así este príncipe en medio de una población católica y en la frontera de Francia, precavería todo contacto entre Francia y Prusia. En cuanto á Polonia, recibiría del gobierno ruso una existencia separada, una administración distinta, y ulteriores ensanches tomados de las antiguas provincias polacas y actualmente rusas, á voluntad del emperador de Rusia, que se reservaba organizar á tenor de sus miras el reino de que sería jefe. En adelante el emperador llevaría el título de czar de Rusia y rey de Polonia. También las demás potencias copartícipes de la Polonia, que por la presente paz conservarían provincias polacas, se comprometerían á cederle las administraciones provinciales, adecuadas á asegurarles una especie de independencia civil, un régimen en armonía con sus costumbres, y un tratamiento favorable á sus intereses agrícolas y comerciales.

Este proyecto apoyado en las consideraciones más especiosas era el postrer esfuerzo que Alejandro tentaba á favor de su aliado el rey de Prusia, á fin de proporcionarle la Sajonia. Pero evidente era que ya satisfecho en lo que le concernía personalmente, no sostendría su dicho hasta el último extremo. Se señaló el día 2 de enero para la explanación y la discusión de estas diversas proposiciones.

Al día siguiente 1.º de enero lord Castlereagh

recibió una noticia de suma importancia, y que variaba su situación singularmente. Al fin Inglaterra acababa de firmar la paz con los Estados Unidos, y ya podía traer todas sus fuerzas al continente europeo. Mucho la había preocupado la guerra con América, y allí había empleado cuantas tropas le dejaba disponibles la protección al reino de los Países Bajos. Libre de este desvelo, ahora se hallaba en proporción de reunir para la primavera de 1815 no menos de ochenta mil hombres en Holanda, y de suministrar así un amplio contingente á la nueva coalición, si había necesidad de formarla contra Rusia y Prusia.

Otra vez se volvió á juntar la comisión de evaluación el 2 de enero para discutir las proposiciones que se le habían presentado en nombre del emperador Alejandro. Habiendo dejado el cuidado de exponer el plan común á los rusos, ahora los prusianos se encargaron de su defensa. Para ellos la coyuntura era de las más graves. Esta era su última tentativa para obtener la Sajonia, y batidos ante este tribunal de peritos, ya no tenían otro recurso que el de apelar á la fuerza. Sus comisionados juntaban á una gran animación personal toda la animación de los militares de su nación, reunidos en número considerable en Viena, y sin cesar de decir con la más increíble jactancia que ellos solos habían salvado á la Europa; que por consiguiente no debían esperar negativa alguna; que la Sajonia era su conquista; que la hicieron en las terribles jornadas del 16, del 17 y del 18 de octubre de 1813; que disputársela equivalía á disputarles lo que era suyo; pero que, sostenidos por los rusos sus hermanos, no se dejarían arrancar el

precio de su sangre; que además obrarian así no por la Prusia, sino por la Alemania, porque cada engrandecimiento de Prusia era un paso hácia la unidad germánica, realizable solo por Prusia y en su cabeza. Mr. de Stein sobre todo, ayudado por muchos patriotas alemanes, repetia por donde quiera tales discursos, y no dejaba de traer á la memoria lo que á la par de otros habia padecido por la causa de la Alemania.

Bajo la influencia de estas excitaciones la legacion prusiana se entregó en el seno de la comision á todo el ardor de sus sentimientos. Viendo á las claras la oposicion que hallaban sus aserciones contundentes y sus pretensiones absolutas, se irritó lejos de calmarse, y se arrebató hasta decir que lo que pretendia lo sustentaria en caso de necesidad por la via de las armas. Ante esta declaracion, lord Castlereagh, que tenia el orgullo de un inglés y estaba sorprendido de verse tratado de tal modo por gentes á quienes habia favorecido tanto, rechazó altivamente las amenazas del príncipe de Hardenberg, y dijo á los prusianos y á los rusos que la Inglaterra no estaba cortada para recibir la ley de nadie, que no la sufriria de ningun modo, y que á las armas opondria las armas. De allí salió exasperado y en un estado de emocion que no tenia de costumbre, y de seguida fué á aliviarla allí donde estaba seguro de encontrar mayor eco á su resentimiento, es decir, á la legacion francesa. Olvidando esta vez á los aliados de Chaumont, refirió á Mr. de Talleyrand cuanto habia pasado, y declaró de nuevo que Inglaterra no aguantaria tales insolencias. Descargado su corazon de un peso enorme, el de la guerra de Amé-

rica, ya habia recobrado sus bríos, y se mostró pronto á arrostrar las últimas consecuencias más bien que ceder á la arrogancia de los prusianos y de los rusos. Su diestro interlocutor asocióse á sus sentimientos, los aduló hábilmente, y le recordó lo que le habia dicho algunos dias antes, acerca de que con tres ó cuatro palabras de escritura entre Inglaterra, Francia y Austria, se echarian abajo aquellas hocanadas de orgullo prusiano y ruso.— «Extendad sobre el papel vuestras ideas» respondió lord Castlereagh, y no dándole Mr. de Talleyrand el trabajo de repetir invitacion semejante, de seguida tomó la pluma. Entre los dos, y examinando el asunto en diversos sentidos, redactaron un proyecto de convencion, á cuyo tenor Austria, Francia é Inglaterra se comprometian á suministrar cada una ciento cincuenta mil hombres, para obrar en común, si la defensa del equilibrio europeo les atraia enemigos que no se designaban textualmente, pero que sin necesidad de ser designados eran universalmente reconocidos. Con este proyecto se fué lord Castlereagh, no sin prometer que volveria al dia siguiente, despues de ver á Mr. de Metternich y de ponerse de acuerdo con este personaje.

Mr. de Talleyrand lograba que se colmasen sus deseos. Llegado á Viena con el temor de estar allí anulado, ya veia á la legacion francesa llamada á representar un papel importante en la disolucion de la alianza de Chaumont, y con la formacion de una alianza nueva destinada á sostener el principio de la legitimidad. Sin duda era un excelente resultado el de recuperar para Francia un papel importante, y sobre todo el de disolver la alianza de Chaumont y sustituirle otra nueva, pero se re-

cesitaba saber cuál sería el objeto de esta alianza, pues si no era otro que el de sostener intereses equívocos y aun contrarios, ya había ménos razon de felicitarse, y mejor valiera aguardar un poco este papel tan deseado, si al precio de algo de paciencia se conseguia hacerlo más formalmente provechoso á Francia.

Lord Castlereagh no perdió tiempo, en razon de que ya creia oír los clamores del parlamento británico acriminándole de resultas de haber pasado por las Hircas Caudinas de Rusia y de Prusia. Vió á Mr. de Metternich, hallóle tambien propicio á prescindir de sus preocupaciones de antiguo miembro de la coalición, y á apoyarse en Francia para contener á aliados ingratos y cruelmente exigentes. Despues de entenderse los dos sobre todos los puntos, al dia siguiente 3 de enero, fué el ministro británico á llevar á Mr. de Talleyrand el proyecto de la víspera muy sabiamente elaborado. Lord Castlereagh y Mr. de Metternich se habian esmerado sobremanera en darle un carácter pacífico y sobre todo defensivo. Efectivamente no se debía atacar á nadie; más, si por haber sostenido de buena fé y sin ninguna mira interesada un plan conforme al equilibrio europeo, se atraia una de las tres potencias contratantes la hostilidad de otra potencia europea, Francia, Inglaterra y Austria se comprometian á suministrar cada una ciento cincuenta mil hombres para la defensa de la parte atacada. A estas estipulacions, ampliadas en muchos articulos, quiso lord Castlereagh añadir otra, que en su concepto era indispensable y por nadie podia ser disputada. Esta estipulacion era la siguiente.

Como á la sazón no se trataba con ideas de ambicion, sino con ideas de conservacion y en interés de un principio sagrado, el de mantener á principes legitimos sobre sus tronos, nada debía costar decirlo expresamente, y se declaraba de antemano que en el caso, *que no permitiera Dios, de seguirse la guerra*, se consideraban *como ligados por el tratado de París, y obligados á arreglar á tenor de sus principios y su texto el estado y las fronteras de cada uno.*

Aquí á su vez quedaba Mr. de Talleyrand cogido en un terrible lazo. Si á los principios se declarara ménos pronto ó ménos abiertamente á favor de la Sajonia, si en vez de ser tan ardiente en ofrecer su ayuda, aguardara á que le fuera pedida, no tuviera que ceder á condicion semejante, y verosimilmente ni aun fuera propuesta. Se guardara silencio, dejando á la guerra el cuidado de pagar la guerra segun sus resultados y segun los servicios de cada parte. Pero, habiéndose apresurado á declararse á favor de Sajonia, habiendo reprendido á todos los gabinetes por su tibieza, cuando se le cogia la palabra, no era posible retroceder ahora, y despues de repetir siempre que Francia no se fijaba mas que en la causa de los principios, tampoco podia expresar que en ciertos casos pensaria en los intereses. Se le hubiera vuelto la espalda, si se explicara en tal sentido, para entenderse acto continuo con Rusia y Prusia, satisfaciendo sus deseos. A decir verdad, el perjuicio no fuera grande, pues la política sustentada por ellas no era la más desventajosa para nosotros, como que establecida junto al Rhin la casa de Sajonia, la tuviéramos por vecina en lugar de tener á la



Prusia. Más para venir á tal resultado, más hubiera valido procurarlo á medias con Rusia y Prusia, que siempre nos lo hubieran pagado de algun modo, sin pedirnos que hiciéramos la guerra con ellos, y solo por el honor de hacerla en su compañía. Más, despues de asociarse tan constantemente á los austriacos y á los ingleses, despues de apremiarles tanto, y de rogarles con instancia que obrasen al cabo, ya no era tiempo de manifestarse displicente ni de rechazar la condicion exigida. ¡Y sin embargo, la condicion se resentia de muy dura! ¡Tras de veinte años de guerras sangrientas, cuando apenas habiamos entrado en el goce de la paz, de la paz que era el título mas popular de los Borbones, comprometerla tan pronto, exponernos á derramar aun la sangre francesa á raudales, para que Alemania tuviese menos inquietud respecto de Rusia, y Austria respecto de Prusia, no valia en verdad la pena; y á la par que las potencias por las cuales íbamos á batirnos conservaran nuestros despojos y los asegurasen, merced á nuestro auxilio, no recuperar ni el más mínimo de estos despojos, verse reducidos al honor de servir de valde á aquéllos de nuestros vencedores, que más habian trabajado por reducirnos á las fronteras de 1790, á la verdad era una suerte muy triste! Mas repetimos que ya no habia medio de retroceder, y que despues de cuanto habiamos dicho y hecho, no quedaba otro arbitrio que el de admitir la convencion de 3 de enero con el artículo que, en el caso de una nueva guerra, nos obligaba á tomar por base de una paz futura el tratado de 30 de mayo. Mr. de Talleyrand firmó sin hacer observacion alguna, y acertólo de positivo, pues el artículo no era aceptable sino á

condicion de aparentar indiferencia. Forzoso era ó indignarse y arrojarlo al rostro de los que lo habian propuesto, ó firmarlo casi con alborozo. Así lo hizo Mr. de Talleyrand al punto, y ni siquiera pensó en pedir como galardón que se le prometiera la caída de Murat á lo ménos, interesando bar-to más á Luis XVIII que la salvacion del rey del Sajonia; temia retardar un momento el tratado que con tanto afán habia promovido, y este tratado tan deseado por la legacion francesa y que daba realce á su importancia, pero tan poco útil á la dinastía, no haciendo más que halagar sus preocupaciones á lo somo, se firmó en la noche del 3 al 4 de enero y con la primera de estas dos fechas. Acordóse el secreto mas absoluto, para no dar pié á que estallaran los prusianos y los rusos, y acaso á que se llegara á la guerra, y para no dar á todos los enemigos de la coalicion la alegría de verla tan escandalosamente en discordia. Sin embargo, exceptuóse de este secreto á Baviera, á Hanóver, á los Países Bajos, y á la Cerdeña, cuya adhesion merecia ser solicitada, y á más se contaba casi por segura. Efectivamente se apresuraron á adherirse el príncipe de Wrede por la Baviera, al conde de Munster por el Hanóver. Algunos días despues se adhirieron tambien la Cerdeña y los Países Bajos, sin que la convencion se trasluciera ni por asomo. Se hubo de concertar un plan de operaciones entre Austria, Baviera y Francia, por ser las potencias más expuestas á mezclarse activamente en la guerra, y se expresó el deseo de tener en Viena un general francés de capacidad y animado de buenos sentimientos para concurrir á la formacion del plan enunciado. Mr. de Talleyrand pensó en el

general Ricard, caído en desgracia bajo el imperio, con motivo de fracasar la aspiracion del mariscal Soult á la corona portuguesa, oficial distinguido, hombre de talento, muy digno de figurar en un congreso, que reunia la más alta sociedad de Europa. Al punto le pidió Mr. de Talleyrand á Luís XVIII, á la par de comunicarle el tratado recién concluído.

Aun cuando el secreto de la nueva coalicion se guardaba escrupulosamente, sin embargo, tal concierto se manifestaba en el lenguaje de las córtes de Inglaterra, de Francia y de Austria, que no se podia dudar de estar acordes y resueltas á sostener sus dichos hasta el último extremo. Otro síntoma no ménos significativo era la actitud de Baviera. Aunque todos los estados alemanes, incluso los del Norte, participaran de sus sentimientos, ella sola, gracias á la fuerza que de quince años atras habia alcanzado, y á su situacion geográfica que la ponía al abrigo de los golpes de Prusia, se atrevía á manifestar su sentir en voz alta, y á soltar frases alusivas á guerra. Por mucho que en el seno de la comision públicamente gritaran y amenazaran los prusianos, se les dejaba decir y nadie alojaba en el punto esencial de la conservacion de la Sajonia, salvo algunos sacrificios para redondear el territorio de Prusia, y para castigar, segun se decia, á Federico Augusto. Cuando se hablaba de castigar á este príncipe desventurado, no era más que una simple concesion de lenguaje á las pasiones del momento, pues cada cual sabia á fondo que este delito de alianza con Napoleon, por las miras de engrandecerse, lo habia cometido todo el mundo, así entre las grandes potencias como entre los príncipes alema-

nes de la última gerarquía: nadie ignoraba que el infeliz rey de Sajonia, sorprendido el último en nuestra alianza, no habia obrado sino constreñido; que entre la Europa y Napoleon no habia incurrido en más doblez que la debilidad, y que si para redimir su conducta se necesitaba un acto memorable de defeccion respecto de Francia, el ejército sajón lo habia cometido de bastante bulto para alcanzar el perdon de su soberano.

Pero, aun concediendo cierta reduccion de los estados del rey de Sajonia, nadie admitia su confiscacion total en provecho de Prusia, y sobre esto evidentemente habia un partido tomado, al cual fuera muy grave hacer frente. Dispuestísimos estaban á ello los fogosos gefes del ejército prusiano, pero su rey distaba mucho de quererlo del mismo modo, y tampoco le siguiera Alejandro en temeridad semejante, lo cual equivalia á una imposibilidad absoluta. Al sostener Alejandro en la comision de evaluacion que convenia agregar la Sajonia á Prusia, aun despues de consentir en el sacrificio del ducado de Posen, hacia cuanto podia esperar de su adhesion su amigo Federico Guillermo; pero este amigo no se atreviera á exigirle que llevase las cosas hasta el extremo de una guerra contra Francia, Inglaterra, Austria, y casi todo el cuerpo germánico. Bien pronto se echó de ver la situacion esta en la misma comision por la actitud de las diversas legaciones. Aun persistiendo los prusianos y los rusos por reclamar en principio toda la Sajonia, á pesar de todo no pudieron prescindir de entrar en la cuestion de guarismos suscitada por Austria. Esta se habia aplicado á probar que, tomando en cuenta las restituciones ya obtenidas en

Polonia, en Westfalia y en las provincias rhinianas, ya Prusia no podía solicitar más que trescientos o cuatrocientos mil habitantes de la Sajonia, para volverse á hallar en su estado de 1805, de cuyo modo se le habían cumplido las promesas todas. Dejándose llevar los diplomáticos prusianos á esta controversia, opusieron cálculos á cálculos, y sostuvieron que, no solo en territorio, sino en población, necesitaban más de la mitad de la Sajonia. Desde que consentían en colocarse en este terreno, ya se podían dar por vencidos, pues admitían el principio de sus adversarios, que era la conservación de la Sajonia con sacrificios más ó menos extensos. Dando el tratado de 3 de enero á los antagonistas de Rusia y Prusia, una unidad, una decisión que pasaban á todos, aun guardándose secreto, realmente contribuyó mucho á resolver la cuestión en la sustancia. Y efectivamente, desde el momento en que ya no se disputaba más que sobre guarismos, la avenencia por necesidad vendría de suyo.

A discusiones de esta clase fué dedicado el mes de enero. Una circunstancia particular contribuyó á impulsarlas á un definitivo desenlace. Según su costumbre el parlamento británico debía reunirse por febrero. Lord Castlereagh era llamado por sus compañeros á fin de justificar su obra, oscura para el público y tachada por la nota de versatilidad hasta para las personas bien enteradas, porque antes de defender la Sajonia había empezado por sacrificarla. El duque de Wellington debía dejar la embajada de París y de reemplazarlo en Viena. Cierta ya el ilustre secretario británico de hacer que sobre el fondo de la cuestión cediese Prusia,

con muchas concesiones de pormenor deseaba indemnizarla de este sacrificio, unirle así á su sistema favorito de alianza, y al mismo tiempo acelerar el fin del congreso con una extremada facilidad respecto de los accesorios. Efectivamente, no quería dejar á Viena sin que fuesen resueltas las principales cuestiones, y sin tener resultados positivos que comunicar al parlamento. Por lo demás de su impaciencia participaban todos. Así los soberanos que recibían la hospitalidad como el que la daba, y á éste le tenía ya de coste 25.000.000 de francos, estaban ya cansados de aquella mezcla de fiestas frívolas y discusiones amargas. Acababan de pasar dos años enteros, el de 1813 y el de 1814, en las ansiedades de una guerra espantosa y de una diplomacia armada de las agitadas en mayor grado. Ya tenían anhelo de volver á sus casas, de dedicarse á sus negocios, de gozar de la paz y de hacer que la gozaran sus pueblos. Ordinariamente más bien la fatiga que la razón es la que pone término á las largas luchas. Así todo propendía á un acuerdo, después de propender durante dos meses á una estrepitosa ruptura, y una nueva guerra por la distribución de los frutos de la victoria.

Tan cuidadoso Mr. de Talleyrand por lo ménos de las apariencias como de la sustancia de los negocios, y aplicándose á adular al partido dominante en Francia, sin embargo de desdeñarle, persuadió á todos los soberanos actualmente reunidos, que mezclaran á la serie no interrumpida de sus fiestas una ceremonia fúnebre en honor de Luis XVI, y que naturalmente se efectuaría el 24 de enero. Mr. de Talleyrand lo anhelaba por el doble efecto

que produciría en Viena y en París, pues en Viena sería un marcado acto de deferencia á la legacion francesa, y en París agradaría á los realistas, y sería una prueba de su influencia sobre las testas coronadas. Semejante proposicion, oportuna ó inoportuna, ya hecha no podía ser desechada, porque nadie hubiera querido rehusar sus homenajes á la augusta victima del 24 de enero, y por otra parte era una nueva maldicion lanzada al rostro de la revolucion francesa, que no debía ser desagradable á los soberanos congregados en Viena. Solamente el emperador Alejandro hizo una simple observacion, mas sin oponer una negativa. Tras de decir que nadie podía dudar de los sentimientos de Europa respecto del infortunado Luis XVI, expuso ser aquella una escena de partido, que muy impolítica en París, se resentiría en Viena de una imitacion poco hábil y digna; que por su parte, de persistirse en la idea, asistiría á la ceremonia, pudiendo únicamente juzgar la legacion francesa de lo que convenia á su gobierno.

Así esta reunion de testas coronadas, que recientemente habia caído en algo de ridículo por el exceso de sus placeres y de su boato, de pronto se vistió de luto, y el 24 de enero se trasladó á la hermosa catedral de San Estéban, para asistir á unas exéquias en honor de Luis XVI. Nada faltó á la pompa de la ceremonia. Allí se presentaron los soberanos rodeados de su córte; un sacerdote francés pronunció la oracion fúnebre de Luis XVI y de Maria Antonieta, y despues de algunas horas de luto público, se volvió á las fiestas y á los negocios de aquel congreso, que tanta celebridad habia dejado por las unas como por los otros.

Viendo Mrs. de Metternich, de Talleyrand y lord Castlereagh casi vencida á la Prusia, se concertaron bajo la direccion del principe de Schwarzenberg, representante de los intereses militares austriacos, para operar una dislocacion de la Sajonia, que sin destruir este reino del todo, pudiera satisfacer la codicia prusiana. Ante todo convinieron en quitarle la mayor parte de lo que tenia á la derecha del Elba, y sobre todo la alta y la baja Lusacia. Efectivamente, la verdadera Sajonia más estaba á la izquierda del Elba, pues sobre la orilla derecha se componia principalmente de las provincias anexionadas. Sin embargo, quitándole la alta y la baja Lusacia, se le conservó la porcion situada junto á los desfiladeros de la Bohemia, esto es, Bautzen y Zittau. Luego sobre la izquierda del Elba se convino en aminorarla hacia el Misnia y la Thuringia, es decir, hacia el pais llano, que era el mas extenso y el ménos poblado, y se le reservó el pais montuoso, que era no solamente el más industrioso, sino tambien el más interesante para Austria, por estar á lo largo de su frontera. Primeramente se quiso no despojar más que de cuatrocientas á quinientas mil almas al desgraciado pais colocado bajo el escarpelo de los geógrafos del congreso, pero á instancias de lord Castlereagh que tiraba á reconquistar la amistad de los prusianos, y sobre todo á acabar pronto, se consintió en un sacrificio de setecientas mil almas, del total de dos millones y cien mil que componian el antiguo dominio de Sajonia. Se le quitaba, pues, la tercera parte de su poblacion y cerca de la mitad de su superficie territorial. Mas importaban aún las posiciones junto al Elba que la extension del

terreno. Una de ellas, la plaza de Torgau, fué vivamente disputada. Despues de entregar á Wittenberg era grave abandonar á Torgau, que segun el conocido consejo de Napoleon y su ejemplo decisivo en este punto, habia venido á ser la plaza principal del alto Elba. Mr. de Talleyrand y el príncipe de Schwarzenberg quisieron resistirlo, mas abandonados por lord Castlereagh hubieron de ceder al cabo. Al fin aprobóse un plan que transferia á Prusia, además de los puntos importantes de Wittenberg y de Torgau, la mitad, segun hemos dicho, del territorio de Sajonia y la tercera parte de su poblacion. Verdad es que las principales ciudades y el territorio mas rico de aquel reino quedaban á Federico Augusto.

Acordado el plan este entre Francia, Austria é Inglaterra, mientras discutian y á menudo disputaban violentamente los comisionados, se presentó á la comision de evaluacion en los primeros dias de febrero. Evidente era que este plan era cosa concertada, y que no obtendrian mucho más los rusos y los prusianos, aun corriendo el riesgo de una ruptura. De sobra estaban satisfechos los empeños contraidos respecto de Prusia, pues se habia operado, segun otra de las fórmulas de entonces, su reconstitucion sobre el pié de 1805, trazando infinitamente mejor ciertas partes de sus fronteras. Por último, se habia hecho pasar á la Sajonia del segundo orden al tercero en la escala de los estados germánicos. Además Rusia habia tocado al término de su adhesion con abandonar el ducado de Posen y arrostrar la guerra en obsequio de Prusia. Esta lo conoció á fondo, y resolvió ceder al cabo. No obstante habia un punto que le llegaba al al-

ma, porque los militares prusianos lo hacian caso de amor propio, y los comerciantes blanco muy principal de sus intereses, y era la posesion de la célebre ciudad de Leipsick. Su adquisicion era para el orgullo de los prusianos una compensacion de la humillacion que iban á sufrir al evacuar la Sajonia, que al decir de ellos se les habia dejado ocupar, lo cual equivalia á la promesa de cedérsela del todo.

A consecuencia el 8 de febrero presentó Prusia una nota en la que, pronunciando por vez primera la palabra aceptacion respecto de la transaccion propuesta, solicitaba que se le concediese la ciudad de Leipsick, haciendo valer que no se le daba de la Sajonia sino la porcion ménos rica y la ménos poblada, porque no contenia ninguna ciudad importante. Por manera de insinuacion y además en términos muy templados, añadió que á la par que se volvia á Prusia á su estado de 1805, Austria sobre lo que poseia en aquel tiempo, ahora ganaba directamente un millon quinientas mil almas, y lo ménos dos millones indirectamente en provecho de sus ramas colaterales, establecidas en Florencia, Módena, Parma, etc.

Como sucede ordinariamente, el último dia fué de los más agitados. Viendo el rey á lord Castlereagh dijo á este ministro que se le queria quitar la honra, y hacer imposible su vuelta á Berlin, con obligarle á evacuar la Sajonia despues de haberla ocupado, y que solamente Leipsick podia dulcificar la amargura de semejante sacrificio. Fácil era responderle que por culpa suya seria la evacuacion de Sajonia tan amarga, pues la habia ocupado por una especie de calaverada insosteni-

ble, y á sí propio se debía culpar del disgusto. Lord Castlereagh dió cuenta á sus aliados de las instancias de Federico Guillermo; pero además de que los ingleses preferían en su interés comercial que Leipsick perteneciera á un estado pequeño que á uno grande, el ministro británico halló tal resistencia en este punto que lo de insistir le pareció ocioso. Unicamente se entendieron en proporcionar algo más á Prusia, que regateaba mil por mil almas los territorios disputados. Inglaterra por el Hanóver hizo un sacrificio de setenta mil almas sobre el lote de trescientas mil que le debía abandonar Prusia; otro de cincuenta mil sobre el lote de los Países-Bajos; y Alejandro hizo un sacrificio todavía más considerable, por el deseo de pacificarlo todo. Había apetecido que Cracovia, á causa de su importancia moral; y Thorn á causa de su importancia militar, quedasen ciudades libres y neutrales. Cediendo de esta pretension postrera, se avino á ceder Thorn á Prusia, que así tuvo en el bajo Vístula todas las plazas fuertes, Thorn, Graudenz, Danzick, despues de alcanzar todas las del Elba, Torgau, Wittenberg, Magdeburgo etc. A este precio fué Leipsick conservada á Sajonia, y al fin se adhirió Prusia á los arreglos propuestos. Ciertamente no tenía razon para quejarse, y sin embargo, entregándose el fogoso Blucher á exageraciones de lenguaje, de que le debiera eximir su heroísmo, hasta llegó á decir que ya no se podía poner el uniforme prusiano. Harlo había probado y debía probar aún que se podía llevar con honra.

Desde este instante las principales dificultades del congreso estaban allanadas, y si las cuestiones que aun faltaba resolver exigían esfuerzos; y hasta

sacrificios, ya no había ninguna de índole propia á infundir temor de la guerra; y tan lo juzgaban así los soberenos que se hallaban dispuestos á la partida, y á dejar á sus ministros el cuidado de ventilarlas.

Con todo, respecto de la misma Sajonia aún quedaba por vencer la dificultad postrera, y no para dada al desprecio, cualquiera que fuese la potestad de los antiguos aliados, pues consistía en obtener el consentimiento del rey Federico Augusto. Este príncipe dulce y benigno, prisionero en Berlín; había tomado la resolución de no adherirse jamás á lo que se hiciera en contra suya, y sobre todo si se quería situar su casa fuera de Sajonia. Ahora bien, según los principios asentados entonces y en todos los tiempos, nada se puede considerar como bien é irrevocablemente adquirido, sino lo que transfiere el soberano legítimo á otro en virtud de un consentimiento libre y voluntario. Tales principios, de los cuales Mr. de Talleyrand se había servido mucho para aplicarlos á Murat más tarde, sin duda daban una verdadera fuerza moral al rey de Sajonia, y en una época en que se tenía la pasión de lo definitivo, en que se tiraba á salir de lo que se designaba á la sazón por el nombre de la inestabilidad revolucionaria, á fin de entrar en la estabilidad monárquica, todos los adquirentes de nuevos estados solicitaban esmeradamente el consentimiento libre de los antiguos poseedores. Para alcanzar el del rey de Sajonia, determinó volver á este príncipe la libertad, traerle á Austria, no á Viena, donde encontraría á sus defensores sin duda, más también á sus espoliadores, y conducirle á Presburgo, por ejemplo, adonde los tres prin-

cipales ministros de las cortes que le habian defendido, Mr. de Metternich, Mr. de Talleyrand y el duque de Wellington, ya reemplazado á lord Castlereagh, irian á hacer uso de su ascendiente para inducirle á que se resignase.

Acerca de los demás arreglos de Europa casi se estaba de acuerdo, salvo no obstante en lo concerniente á Italia. Asi el establecimiento del reino de los Países Bajos, antes estipulado por Inglaterra en Chaumont y en Paris, se sancionó definitivamente en Viena. Allí fué decidido que el príncipe de Orange, representante de esta casa, recibiria el título de rey de los Países Bajos, reuniendo bajo su cetro la Bélgica y la Holanda. A esto se añadieron otras disposiciones territoriales. No se quería que Luxemburgo y Maguncia fuesen plazas prusianas. Al futuro rey de los Países Bajos se transfirió de consiguiente el ducado de Luxemburgo, con la plaza de este nombre que debió quedar federal, y se indemnizó á Prusia, ya afianzada de cuanto habíamos poseído á este lado, con los dominios hereditarios del príncipe de Orange, de los cuales se sirvió para cambios con la casa de Nassau. Por consecuencia de estas medidas no se halló Francia limitrofe de Prusia más que en una mínima parte de su frontera, es decir de Sarreguemines á Thionville, en vez de serlo de Sarreguemines á Mezières.

Aun se operaron diversos cambios para constituir mejor el territorio de Prusia. Bajo el título de provincias rinianas obtuvo los antiguos electorados eclesiásticos de Tréveris y de Colonia y el ducado de Juliers, que desde 1803 habian compuesto en gran parte á la orilla izquierda del Rhin

el dominio de Francia. De nuestras posesiones sobre esta ribera quedaba el antiguo Palatinado, á que se daba el nombre de Palatinado del Rhin, y abarcaba el país comprendido entre este río y el Mosela, desde Lauterburgo hasta Worms, y desde Rohrbach hasta Kreuznach. No habia gran dificultad sobre este punto, pues Austria y Prusia estaban acordes en tomar casi el Mosela por separacion entre las dos clientelas prusiana y austriaca. Se cedió el Palatinado del Rhin á Baviera, y lo restante del territorio del elector de Maguncia á la casa de Hesse-Darmstadt, comprendida naturalmente en esta restauracion general al mismo tiempo que la casa de Hesse-Cassel. Maguncia, adjudicada á la casa de Hesse-Darmstadt vino á ser una plaza federal, en la que debian tener guarnicion en común las potencias alemanas. Dotada así la casa de Hesse-Darmstadt hizo cesion á la Prusia del antiguo ducado de Westfalia; de modo que Prusia ya provista con el gran ducado de Berg, que nos habia pertenecido á la derecha del Rhin, desde este río al Elba adquirió una continuidad de territorio, solo interrumpida por pequeños principos alemanes de su dependencia. De resultados de estas cesiones, de que acababa de recibir el equivalente, abandonó el Hanóver, además del principado de Hildesheim, el Ostfrise por empeño de Inglaterra y á causa del mar, y el Hanóver le cedió el ducado de Lawenburgo, situado á la derecha del Elba, y no lejos de Hamburgo, ducado de que Prusia pensaba hacer entonces un uso de la mayor importancia para sus intereses, cambiándosele á Dinamarca por la Pomerania sueca.

No era mucho mejor tratado el infeliz rey de